¿Cómo están? ¿Todo bien? (Gritos) ¡Gracias! Gritá maestro, cada tanto me gusta que lo haga, cada tanto, cada tanto, que sea natural. Genio también. Cuando tenía 12 años, la profesora Elena de Literatura, nos pidió a los alumnos de mi curso que hagamos una historia, que contemos una historia de algo que nos gustara mucho. Algunos eligieron películas, otros alguna serie, algún grupo de rock, alguna cosa. Yo en ese momento ya jugaba a ser mago. Me gustaban mucho los magos y la historia de los circos.

Preparé una historia sobre magia y circo. Paralelamente a esto iba a una psicopedagoga que me ayudaba a prestar un poquito más de atención al colegio porque estaba un poquito disperso. Había también otra alternativa que era una pastilla que se le daba en una época a los niños que no prestaban mucha atención, que hacía que la gente le preste atención a lo que la sociedad misma quería que le preste atención. Por suerte no eligieron eso y me mandaron a lo de Liliana. Ahí iba yo. A aprender un poquito a prestar más atención más al colegio, que no me estaba yendo del todo bien.

Si hubiese tomado la pastilla por ahí sería hoy una persona que toma café muy oscuro, sin azúcar y está enojado con el mundo entero porque no hacen como él piensa las cosas y Messi no siente la camiseta y todas esas cosas.

Por suerte no pasó eso. Estaba en lo de Liliana. Liliana me ayudaba a concentrarme un poco más en la escuela y le conté que tenía que hacer esta clase de historia sobre la magia y que quería terminar la clase con un truco de magia, el truco más digno que yo tenía, hasta ese momento.

No me animaba. La verdad, me daba un poco de miedo. Y ella, con la dulzura que la caracterizaba y con su amor y tranquilidad, me dijo:

-No seas cagón, hacé el truco, si no pasa nada, es un truco, (...), hacés el truco, es como un broche lindo.

Me animé, hice la clase de historia, mostré las manos vacías, mostré que aparecía un pañuelo de la mano, lo volví a guardar, volví a mostrar las manos vacías, volví a mostrar que el pañuelo aparecía y mis compañeros y mi maestra aplaudieron.

(Aplausos)

Me fue muy bien con la clase, me saqué muy buena nota, y Elena alucinó con lo que yo había hecho y me dijo:

-Mirá, en cinco meses hay un concurso literario que cerramos con una noche que hay un evento para el colegio. Nos gustaría que hagas un show de magia. ¿Tenés un show armado?

-Obvio -dije yo.

Era obvio, tenía doce años, no tenía un show armado, pero sí tenía cinco meses para poder armar ese show. Y en ese show mezclaba la música, la magia y la comedia, que es lo que más me gustaba. Me di cuenta que no era que me costaba prestar atención a las cosas, si no que no me gustaba prestar atención a geografía, matemática, física, básicamente. Que lo que me gustaba era prestar atención a otras cosas.

Tenía mucho miedo. Llegó el día del show. Yo me sentía con mucha confianza porque de más chico, a los ocho años, tocaba la batería en una banda de jazz y cantaba scat (Sonidos cantados). Muy raro, para nenes de ocho años, pero hacíamos eso en Bahía Blanca, donde yo vivía, había una banda de jazz y yo tocaba la batería, cantaba scat y era el presentador.

Pero el día del show, antes de salir al show, pasaron esos cinco meses, vino el momento del show. En un lugar muy oscuro de mi ser quería que haya una catástrofe, explote el teatro y se mueran todos los que estaban adentro, inclusive mis viejos también, que estaban ahí viéndome, con tal de no hacer ese espectáculo.

Llegó el momento, dijeron:

-Con ustedes, Radagast.

Salí a hacer el show y salió buenísimo. Salió bien, tampoco es que... Fue un show lindo, la verdad. Pibe de doce años que fue, hizo magia, humor y un poco de música que ponía porque me gustaba mucho la música.

Me pidieron tarjetas después del show. Las tarjetas, ustedes son por ahí muy jóvenes, eran pedazos de cartón que decían el nombre. Lo que sería hoy la lista de contactos del teléfono o los arroba en las redes sociales. Malditos milenians.

Yo tenía tarjetas, tenía mucha confianza en mí, tenía trece años pero, la verdad, con los trece años uno tiene mucha confianza. Me mandé a hacer tarjetas. Decián Radagast, abajo decía magia cómica y el teléfono de mi casa que era 49018.

Di la tarjetas y al tiempo empezó a sonar el teléfono de mi casa. Me empezaron a contratar para eventos, jardines, después escuelas, fiestas en iglesias, casamientos. Empecé a laburar un montón. Era muy chico pero trabajaba mucho. Toda la plata que ganaba la re invertía en algún curso que podía hacer, comprarme trucos a distancia. No había internet como para poder estudiar por internet. En Bahía Blanca no había magos y empezaba a comprar cosas, empezaba a hacer shows y demás. Empecé a trabajar un montón, pero me empecé a aburrir porque siempre era lo mismo: hacía los chistes que me funcionaban, los trucos que sabía, no tenía muchas más herramientas que esas, no podía estudiar magia. Entonces, muy sabios mis viejos me dijeron:

-¿Por qué no te hacés algún cursito de teatro o alguna otra cosa que te va a alimentar y demás?

Empecé. Esto pasó un tiempo. Arranqué con el curso de teatro y apareció un amigo mío, un compañero, no amigo, un compañero con unas clavas de malabares. Se me salió la cadena. Digo:

-Yo quiero aprender malabares, quiero aprender malabares, quiero aprender malabares, quiero aprender malabares... Quiero aprender malabares.

El chico se dio cuenta que era un poco insistente yo. Me contactó con unos rosarinos que estaban en Bahía Blanca haciendo unos cursos de malabares a la gorra. Habían caído en Bahía. Los invité a mi casa. Les dije:

-¿No tienen dónde vivir? Se pueden quedar en casa, mis viejos no van a tener ningún problema.

Los llevé a casa. Era un rastafari y uno que tenía la mitad de la cara tatuada, se los juro por mi mamá. Estaban en el living de casa enseñándome malabares, entró mi vieja y dice:

-¿Los muchachos quiénes son?

Me fui a la cocina y le digo:

-Mamá, son mis profesores de malabares que me van a estar enseñando malabares, se quedan unos días en casa.

-Perfecto.

Y se quedaron unos días.

Me enseñaron a hacer malabares con clavas, con diábolo, pelotitas, aprendí a escupir fuego y se me rompió la cabeza, no lo podía creer. Me iba a los semáforos, hacíamos malabares y escupíamos fuego con mis amigos. Un show en la calle que pasábamos la gorra. Eso lo empecé a mezclar con los trucos de magia que sabía. El show empezó a crecer. Estuvo buenísimo, iba mezclando cosas, estaba muy copado y seguía ganando dinero para re invertir en lo que a mí me gustaba hacer.

Me empecé a aburrir de vuelta. Se me empezó a hacer automático de vuelta y justo en ese momento, mis viejos con mucha generosidad y amor, me dijeron:

-¿Te vas a quedar acá? ¿Por qué no vas a otro lado a ver qué onda? A Buenos Aires.

Alguno lo puede leer como que me estaban echando. Puede ser, pero no, me estaban invitando a que me anime a otra cosa. Me fui a vivir a Buenos Aires, acá, a Buenos Aires.

¿Les dije que me disperso un poquito, no? Perdón. Estoy imaginando que hay una tortuga ninja y un teletubi al lado mío bailando. Por eso es que quizás me disperso un poquito.

Me vine a Buenos Aires, empecé a tomar cursos de otras cosas, de clown, de pantomima, malabares más, acrobacia y demás. Y yo estaba esperando a que suene el teléfono, ese teléfono que nadie tenía porque acababa de llegar a Buenos Aires para poder hacer eventos en Buenos Aires. No había teléfono, entonces me iba al cyber de la esquina de mi casa a mandar mails a cuanta productora o gente que organizaba eventos para yo poder hacer mis shows y poder seguir viviendo solo en Buenos Aires. En realidad no los mandaba yo los mails, los mandaba mi representante, que era yo (risas), pero firmaba con otro nombre. Me parecía muy divertido que sea otro chabón. Para mí era más fácil vender el show de otro que mi show:

-¡No sabés qué buen show que hago, tenés que contratarme!

Y el chabón decía:

-¡No, no sabés lo que es este pibe! ¡No, la rompe! ¡Nadie lo vio todavía en Buenos Aires!

Acababa de llegar, era obvio.

No me llamó nadie por mucho tiempo. Me rebotaban los mails, yo me decía:

-La verdad que el mercado ya está copado acá, no, no.

Hasta que agarré uno con las defensas bajas y me contrató. De ese show salieron otros más y empecé a trabajar de vuelta en Buenos Aires, buscando nuevas cosas, nuevas cositas y demás. A mis colegas no les copaba mucho porque, en realidad, como yo no había armado mis shows o mi formación no había sido de la forma correcta que un mago debería armarlo. Yo lo armaba más desde la comedia. Entonces, a mis colegas no les copaba que había un chabón que hacía magia pero que gritaba y que usaba zapatos de payaso, que a veces cantaba, que tiraba unas clavas de malabares o escupía fuego. Entonces, no tuve muy buena aceptación por mis colegas, pero como yo tenía mi representante que me decía:

-Está todo bien.

Yo seguía para adelante. Seguí con la mía a fondo.

A los 22 años, mi pareja en ese momento me cuenta que está embarazada de Bianca. Nace mi hija Bianca. Yo seguía trabajando de mago, viajaba mucho al exterior. Hay una cosa que me gusta mucho que es la serendipia. La serendipia es una palabra que define cuando un hecho afortunado te sucede sin que vos lo esperes pero que estabas buscando otra cosa, siempre y cuando tengas el espíritu preparado para que sucedan cosas nuevas. Cuando uno está buscando y buscando y buscando suceden serendipias que lo hacen cambiar de rumbo. Si yo tengo un rumbo claro de ir para allá y solamente miro para allá, para allá y solamente para allá, van a pasar un montón de cosas alrededor que no me iba a dar cuenta.

En esas serendipias que tuve, me contactó un productor del exterior, empecé a trabajar en Colombia, en Perú, en Venezuela, un montón de cosas. Era papá, me tendría que haber quedado en ese lugar de comodidad, donde tenía eventos y demás. Apareció una oportunidad muy buena, que era ser el payaso... ¿Lo ubican al payaso este que es parecido a It, que come muchas hamburguesas? ¿Que tiene unos restaurantes, que le está andando bastante bien? Me invitaron a hacer ese payaso, a contratarme con un sueldo fijo, con una prepaga para mí y para toda mi familia en Suiza. Me iba muy bien, con ese colchón muy cómodo que me estaban ofreciendo. Hice los cinco casting. Al último casting le dije: -A mí no me copa mucho esto, prefiero seguir con la mía- No quería ser un payaso en relación de dependencia, la verdad. Me iba a cuadrar un poquito lo que yo quería, que era seguir jugando. Dije que no y seguí a fondo con la mía, creyendo que iba a estar todo bien.

La verdad que la cosa siguió bien, pero me estaba aburriendo de vuelta. me pasaba que quería jugar con otra cosa, me faltaban herramientas nuevas, empecé a buscar otras cosas, no me sentía muy cómodo. Hice una temporada en Villa Gesell, que justo compartí con un tipo que para mí fue como un gurú que apareció en la vida, que me hizo... (sonido) (risas)... Y sé muchos más efectos de sonido también, la aspiradora (sonidos)... Y sé un montón más (aplausos). Como que me calmó el alma porque yo estaba muy insatisfecho con lo que estaba haciendo porque había escuchado mucho a esos colegas que yo admiraba mucho que me decían:

-Pero vos sos un payaso, vos no sos mago, vos no sos comediante, no sos músico, ¿qué mierda sos?, bla, bla, bla.

Y él me dijo:

-Vos sos Radagast, dedicate a ser Radagast y dedicate a ser el mejor Radagast que puedas. ¿Qué querés hacer hoy a la noche?

Yo estaba haciendo funciones en ese lugar, en Villa Gesell, que era un restaurante que tenía un teatro. Le digo:

-Mirá, a mí me gustaría hacer esto.

Y le muestro lo que hacía en los semáforos en Bahía Blanca cuando era más pendejo. Le digo:

-Pero, no está bueno esto, ¿qué sé yo?

-No, no, tenés que hacer eso y mirá, y agreguémosle esto y pongámosle una música que te gusta.

Era hacer algo completamente diferente a lo que venía haciendo. Esa noche me pasó lo mismo que cuando fui a hacer el truco para Elena, o cuando fui a hacer ese primer show, o cuando mis viejos me dijeron:

-¿Te vas a quedar acá?

Escuché eso de vuelta y salí a hacer a escena esa rutina que había preparado. La rutina me sigue acompañando hoy, fue modificándose. Pero esa noche, cuando salí a actuar, me explotó el alma en mil pedazos. El aplauso que recibí debe haber sido el más potente que yo había escuchado, no porque el aplauso haya sido más fuerte que otros, o porque el aplauso haya sido muy potente, sino que yo lo sentí muy potente porque estaba de vuelta jugando, estaba haciendo lo que a mí me gusta hacer, que es jugar arriba del escenario sin ningún tipo de reglas. Me sentí muy feliz. la verdad que estaba muy contento. Ahí cambió por completo de vuelta todo, volví a jugar, volví a cantar, volví a ponerme los zapatos que yo quería, dejé de escuchar a los maestros que me decían:

-No, no, no, no, no, no.

Y seguí con la mía intentando ser cada vez el mejor Radagast.

Hace un tiempo, nuevamente por la serendipia, hace tres años conocí a Fernanda, mi novia, la que está ahí, con un muchacho haciendo un (...), hicimos un combo para los de TED. Les dijimos:

-Mirá, vamos los dos y les va a salir más barato.

(Risas)

Y ella se dio cuenta de vuelta de mi insatisfacción, porque pasó el tiempo, me volví a aburrir un poco de lo que estaba haciendo y me dijo:

-¿Por qué no empezás a estudiar otras cosas que nunca hayas hecho?¿Por qué no estudiás stand up?

-¿Stand up? No, esa (...) que es un chabón con un micrófono que dice: “¿Viste cuando aparece (sonido)?” No, no, ni en pedo. No, no me gusta, no me gusta.

-Pero porque no lo conocés, porque sos un ignorante. Andá a estudiar stand up.

-No, no.

-Andá a estudiar stand up. Te anoté en un curso de stand up.

Me fui a estudiar stand up.

-Sí, mi amor.

Y yo me fui a estudiar stand up.

Me voló la cabeza de vuelta. Obvio, estaba teniendo una nueva herramienta que no conocía, era como un cosito nuevo de Batman, como para sacar, para jugar.

Empecé a conocer mucha gente, me empecé a contactar de vuelta con otros, hice un curso de teatro nuevo, un poco de baile, empecé a cantar de vuelta, me empecé a animar de vuelta a hacer, y en ese andar conocí a Federico Cyrulnik, un instagramer que yo admiro mucho, y me dijo:

-Vos tenés que jugar con Instagram, empezá a jugar con Instagram.

-¿Te parece?

-Jugá con Instagram.

Cuando empecé a jugar con Instagram me voló la cabeza de vuelta. No tenía calendarios, no tenía reglas, podía hacer lo que yo quería, podía jugar a fondo como yo quería. Empecé a rescatar un montón de cosas de cuando era muy chico en la carpintería de mi abuelo, como por ejemplo (sonido), algo que hacía en el patio de mi abuelo, o me ponía a tocar una flauta invisible, que era lo que hacía con mi hermano cuando él tocaba el contrabajo y yo no sabía qué hacer y hacía... (sonidos) y tocaba al lado la flauta. Empecé a jugar de vuelta con mi hija, en realidad a rescatar esos juegos que hacía todo el tiempo con mi hija, con mis viejos o con mis amigos, y empecé de vuelta a jugar y me empecé a sentir muy feliz de vuelta. Ese Instagram empezó a traer otro montón de cosas. Me permitió empezar a hacer una gira por todo el país y en el exterior con mi show, que es lo que siempre quise y lo que yo siempre soñé. Pasó de todo.

Tengo la suerte de que me pregunten muchas veces periodistas, a veces haciendo entrevistas, a ver si yo me siento en el mejor momento, y yo respondo siempre que sí, porque siempre estuve en el mejor momento, porque siempre entendí como el mejor momento todo lo que me fue pasando, desde que pegaba afiches con mis amigos, con engrudo y poníamos para que nos vengan a ver en un teatro, o cuando íbamos a una esquina a hacer malabares y a escupir fuego, u hoy actuando en un teatro, u hoy estar hablando acá en una charla TED con un montón de gente que no sé por qué están haciendo tanto silencio y me están escuchando tanto, les agradezco mucho (risas y aplausos).

En la actividad a la que yo me dedico siempre está la maldita palabra "éxito", y ahora que el éxito, para mí el éxito no es a donde uno llega, esto que les contaba algo, que decía

-Yo quiero estar allá.

Para mí el éxito es todo el camino que uno recorre y todo lo que va pasando. Si te dedicás a lo que amás por completo, no quiere decir que un día no te vaya mal, mil veces te va a ir mal y eso tiene que pasar para vos poder aprender y seguir dándole para adelante. De hecho, en un festival hace un montón de tiempo, me putearon 150 colombianos porque yo hice un chiste muy desatinado y me declararon persona no grata en el mundo de la magia. Yo tengo ese título señores (aplausos).

Cuando era más chico, 500 personas de pie me pidieron que les devuelva la plata. Había hecho un espectáculo conceptual de unos marcianos que me secuestraban y me llevaban a un planeta muy oscuro al que yo les tenía que hacer magia y comedia para que me liberen. No estuvo bueno el show (risas). Salí en todos los medios en Bahía Blanca diciendo: Radagast la cagó.

¿Pero qué me pasaba? Si yo no me dedicara a lo que a mí me gusta y no fuera a fondo con la mía, al otro día, después de fallar o tener un problema, volvería a pensar: ¡qué garrón lo que estoy haciendo! Mi trabajo es una porquería. En cambio, al otro día de fallar con los marcianos o en Colombia, al otro día me levanté y seguí amando lo que yo hacía.

Otra de las preguntas que me hacen a veces es:

-¿Y ahora que la pegaste?

Yo no pegué nada. Yo no la pegué con nada de nada. Estar en más teatros o ser más conocido no es pegarla. Para mí, pegarla es agarrar dos fichas, ir a un casino, jugar violeta el 47 y que salga. Te la llevaste de arriba. Y para mí de arriba lo único que se hace son los pozos o las cacas, también se hacen desde arriba (risas).

Yo vengo andando de los doce años y me encanta hacer lo que hago y jugar y vivir de jugar. Amo jugar, pero a veces me olvido, pero por suerte tengo un montón de gente al lado, las tortugas ninja sin ir más lejos, que son mi hija, mis viejos, mi novia, mis amigos o mi equipo de laburo, y cuando me olvido me dicen:

-Rada juegue, Rada juegue.

Así que si me disculpan me a ir jugando (aplausos).

Ok.

Cuando era muy chico, cuando veía a mis viejos comiendo una picada con sus amigos, yo, en vez de escarbadientes pinchados en mortadelas, me imaginaban que eran espadas para, para mis Rambos. O cuando estaba medio asustado a la noche me juntaba con Batman a charlar y que él me pasaba un par de tips. O cuando veía las pelotitas de nieve, que se baten y se mueve la nieve adentro, imaginaba que me metía ahí adentro.

Me gusta con mis espectáculos rescatar a ese nene que sigue mirando el mundo de los adultos. Les agradezco mucho.

(Sonidos)

(Aplausos)

¡Muchas gracias! Nos vemos la próxima.